

COMENTARIO

V la tierra estaba desordenada y vacia; y las tinieblas sobre el haz del abismo y el Soplo de Dios incubaba sobre el haz de las aguas.

(GENESIS, cap. 1, vers. 2.)

Otros traducen diciendo que el espíritu de Dios se movía sobre las aguas; pero es igual. Porque espíritu—en hebreo, «ruah»—es lo mismo que soplo o viento, aire en revolución. Y cuando no está en revolución no es espíritu, aunque sea aire.

Eso sucedía sobre lo que los griegos llamaron el «caos», en hebreo «tohuwabohu». Y el caos se ha adueñado de la ex Monarquía española, de esta España interna de a los tres años y cinco meses de guerra.

Aquí no hay ya ni Gobierno ni régimen. Porque ni se gobierna ni se rige. Y las tinieblas están sobre la haz del abismo.

Una oligarquía en descomposición incuba sobre la ex Monarquía. Por supuesto, que lo mismo que un Rey puede llegar a ser un presidente de República o un dictador el zarandilleo de una oligarquía compuesta o en descomposición. La decadencia romana vió Emperadores, supuestos dictadores que no eran más que el juguete de los pretorianos o de los antipretorianos. Porque aquella decadencia fué también el caos, el caos armado. Y el caos armado es el más caótico de todos.

Más debemos ser optimistas. Así nos lo aconsejan, no sabemos si con cierta sal de humorismo inconsciente, desde lo alto. (Lo alto?) Después de lo que hemos puesto por lema—lema bíblico—a este comentario sigue la Escritura y dice: «Y dijo Dios: hágase la luz, y la luz se hizo.» Al caos siguió la luz que dispuso las tinieblas de sobre la haz del abismo. Esperemos, pues, que aquí se haga la luz. La luz, y no eso que llaman orden. Porque vale más desorden a las claras, a la luz, que orden en tinieblas. Es preferible tener los libros sin orden—cada cual habla de su oficio—a plena luz del día que tenerlos bien catalogados y encadenados en la obscuridad de una noche sin luna. ¡Luz, ante todo luz!

Y si tenemos luz—los taquígrafos no hacen falta más que a los parlanchines—, nada importa que el régimen se deshaga y que las viejas Comunidades se descompongan.

Hay un aforismo químico que dice que los cuerpos no obran sino disueltos: «corpora non agunt nisi soluta». Y este aforismo tiene valor

fuerza de la Química. Los cuerpos, toda clase de cuerpos—los Cuerpos—no obran efectivamente sino disueltos. Hay que disolverlos para que tengan verdadera eficacia. Sólo entonces obran como el Soplo de Dios incubando sobre el haz de las aguas.

Hemos hablado de la oligarquía española en descomposición? ¿Puedo decir esto? En rigor, no! Y dijimos mal. La oligarquía española no puede descomponerse, y no puede descomponerse porque no es un compuesto; es una mezcla. No es, como el agua, un compuesto; es, como el aire, una mezcla. Los viejos partidos oligárquicos españoles no eran compuestos, eran mezclas, y mezclas heterogéneas. Eran—y no decimos que son porque ya apenas si existen—compañías de electoreros, foragidos de la política, bajo la guía, más aparente que real, de algún condotiero sin fe ni ley. Uno de estos condotieros, el de menos fe y el de menos ley, nos decía una vez habiéndonos de uno de los de su mesnada: «Es de los míos; fulanista.» Y aquí le insultaba, poniéndole como mote un adjetivo sacado del sustantivo propio de su apellido.

Los cuerpos, todos los cuerpos, no obran sino disueltos. Hay, pues, que disolver a los cuerpos para que obrén. Ahora se habla de disolver el Parlamento, que es un cuerpo. Así obrará mejor. Pero hay que disolver otros cuerpos también. Y de ello surgirá la luz. Y después de la luz, sólo después de la luz, el nuevo orden. A oscuras no puede establecerse orden duradero. El secreto es el enemigo mayor de toda estabilidad.

El régimen que fué en España, es ta ficción que aun queda de un régimen, en realidad de verdad disuelto ya; ese régimen o, mejor, quien lo representa, se habrá percatado ya de que sobre el secreto no se sostiene nada durable, de que el secreto es las tinieblas y de que las tinieblas están sobre el abismo.

Pero hay tantas clases de secreto! Cuéntase del Rey D. Pedro V de Portugal, de aquel Rey triste y dulce, de aquel Rey heroico y pesimista—cabe unir las dos cosas, así como optimismo no equivale, ni mucho menos, a heroísmo, y hasta se da el caso de que los más débiles, por debilidad, busquen refugio en el optimismo, en la ilusión—, cuéntase del Rey D. Pedro V de Portugal, de aquel Hamlet de la decadencia de su pueblo, que hacia tanta cuenta de los que le rodeaban, que creía tanto en ellos, que mandó poner a la

puerta de su palacio una caja verde, cuya llave guardaba, para que su pueblo pudiere hablarle con franqueza, quejarse, acusar los crímenes de los gobernantes. Y después de contarnos esto en su «Portugal contemporáneo» (libro VI, III. 4) Oliveira Martins, el terrible maestro del pesimismo ibérico, agrega: «¡Singular modo de concebir su papel de Rey de una nación «libre», parlamentaria!». Pero cuando murio, joven y triste, recitando versos del Dant, aquel Rey dulce y desencantado, discípulo de Herculano el fúnebre, casi mil personas lloraban en las calles de Lisboa, y lloraba, en lluvia, el cielo. Lloraban al Rey de la caja verde!

Y siguieron en Portugal las tinieblas sobre la haz del abismo. Sólo se hizo luz más tarde. Y se hizo luz muy trágicamente. Se hizo luz trágica en tiempos del infeliz Don Carlos, el Suicidado.

Agitados tiempos de caos y de tinieblas! Más de tinieblas aún que de caos. Y no hay lugar para caja verde. Los papales que habían de ir a ella andan ya sueltos y revolviendo sobre las calles y plazuelas. No hace falta llave para tenerlos guardados. A lo sumo, llave para encerrarse y que esos papeles no le caigan a uno sobre la cabeza. Y esos papeles, libres de toda caja verde, empiezan a hacer la luz y a dispersar las tinieblas de sobre el haz del abismo. Y con el esclarecimiento de las tinieblas el caos empezará a dar orden.

ENVIO

Es tarde ya, Señor, para cualquier caja verde. Y es mucho más tarde para mantener nada en tinieblas. Es tarde ya, Señor, muy tarde.

No necesita disolver los cuerpos. Desmaudados los que tenían función de mandar, se están disolviendo por sí solos los cuerpos. Y están obrando. Y el Soplo de Dios, el soplo que barre todos los poderes de la tierra, está incubando sobre el haz de las aguas.

Es tarde ya, Señor, muy tarde. Se lo dijo, aquel noble anciano a quien hace poco llevamos a su último lecho, el de tierra: se lo dijo aquel noble anciano con cayetanianaidad—que quisiera jugar, queriendo hacerle representar una triste comedia.

Es tarde ya, Señor, muy tarde!

Miguel de Unamuno.

